



Por Laura Porto

SIN MEDO Y SEN ESPERANZA. "O CUELLO DE LA XIRAFÁ", de MATARILE TEATRO

El teatro comienza fuera del teatro, comienza mirando al cielo y, quizás, inventando nombres para las estrellas. Así comienza El Cuello de la Jirafa de Matarile, mostrándonos la constelación de la jirafa, prácticamente invisible en los cielos despejados, pero descrita y nombrada por alguien. Este hecho es toda una declaración de intenciones, una apelación a nosotras para que estemos dispuestas a ver lo que no se puede ver. Para que pongamos nuestra parte, sobre todo eso, que participemos activamente en la representación de lo que no se puede ver. Esta propuesta se ratifica en la sala a la que accedemos guiadas por la mismísima caperucita roja, que parece haber coincidido con nosotras este atardecer durante su búsqueda de un lobo.



En el espacio al que accedemos, una antigua capilla reformada, nos esperan los focos y una larga mesa corrida que rodea el centro como únicos elementos escenográficos. Nos sentamos a la mesa de este espacio a cuatro bandas, con esa facultad tan poética de exponernos como público, de hacernos partícipes del paisaje, y lo hacemos no para que el espectáculo comience, si no para que continúe. La compañía Matarile tiene, en nuestra opinión, esa facultad extraña de hacer comenzar las piezas poco a poco, transitando de lo cotidiano a lo extracotidiano de una manera tan fluida que a veces resulta complicado establecer los puntos de cambio.

Esta facultad se hace patente también en el devenir entre lo plástico y lo discursivo, que se complementan generalmente de forma alusiva. Como maestros cocteleros, mezclan y agitan el discurso filosófico y teatrológico con imágenes de gran belleza y potencia sensitiva, y el resultado es un brebaje de efecto estimulante, aderezado con el olor a menta que nos llega en alguna secuencia. También nos encontramos, podríamos decir, ante un teatro de la proximidad, del primer plano. Se busca una proximidad tal entre el público y las actantes que éstas trabajan sobre las mesas ante las que estamos sentadas, a centímetros de nuestros ojos, tan cerca que podríamos tocarlas sin extender de todo el brazo.



A medida que aumenta la profundidad del espectáculo, que aumenta su extracotidianidad hasta su mayor nivel, la pieza se vuelve también más fragmentada y personal. Todos los actantes están en escena, cada uno con un pequeño grupo de gente, cada uno trabajando sobre un pequeño objeto, un microcosmos entero de papel y luz que se muestra ante nosotros casi en privado. Por último, caperucita se marcha. Tal vez deberíamos seguirla y buscar nuestro propio lobo. Quizás.

Laura Porto. O Galiñeiro (blog de teatro de Praza Pública)
(Laura Porto é alumna da especialidade de Dirección escénica e dramaturxia da ESAD DE GALICIA.
Coordinación e supervisión de Afonso Becerra de Becerreá.)